Bibliografía: C, 325-331; André BOLAND, “Tié-deur”, en DSp, XV, cols. 918-935; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseña de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, III, Madrid, Rialp, 2013, pp. 409-420; FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Donde duerme la ilusión. La tibieza*, Madrid, Palabra, 2006; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Pedro RODRÍGUEZ, *Fe y vida de fe*, Pamplona, EUNSA, 2013⁴.

Antonio MALO PÉ

TORRECIUDAD

1. Enfermedad, curación y ofrecimiento a la Virgen. 2. El nuevo impulso a la devoción a la Virgen de Torreciudad. 3. La romería de abril de 1970. 4. Dones del fundador al santuario. 5. Torreciudad en su correspondencia y sus tertulias. 6. La romería de mayo de 1975.

Nuestra Señora de Torreciudad era venerada en su ermita –en el término municipal de Bolturina, provincia de Huesca– al menos desde el año 1084. Su devoción se mantenía en muchos pueblos de Sobrarbe y Ribagorza, y algunos del Somontano de Barbastro y Cinca Medio. Era uno de los tres santuarios supracomarciales de la diócesis de Barbastro, junto con los de Guayente –Sahún– y El Pueyo –Barbastro–. Algunos pueblos, como Fonz, acudían anualmente en romería hasta la ermita, que contaba con una pequeña hospedería. Otras muchas personas acudían en acción de gracias por diferentes curaciones –“abogada del mal del corazón y alferecía”– o en petición de favores. El año jubilar de 1900 contribuyó al mantenimiento y fortalecimiento de esta devoción.

1. Enfermedad, curación y ofrecimiento a la Virgen

En 1904 hubo una epidemia en la ciudad de Barbastro. Algunos testimonios de la época hablan genéricamente de meningitis, aunque las autoridades municipales

se refieren a un brote de sarampión. Tuvo su momento álgido en los meses de noviembre y diciembre. Fallecieron unos cincuenta niños. También el pequeño Josemaría Escrivá cayó gravemente enfermo y fue desahuciado por los médicos Ignacio Camps Valdovinos, médico de cabecera, y Santiago Gómez Lafarga, médico homeópata. Los padres de Josemaría rezaron a la Virgen pidiendo su curación, que se obtuvo de forma inesperada. Su madre doña Dolores Albás le recordó este suceso en diversas ocasiones: “Hijo mío, para algo grande te ha dejado en este mundo la Virgen, porque estabas más muerto que vivo”. Los padres cumplieron la promesa y peregrinaron en acción de gracias a Torreciudad (cfr. ÁNCHEL, 2002, p. 631; IBARRA, 2004, p. 40). En un principio, se situó esta romería de acción de gracias en el año 1904. Estudios posteriores han llevado a pensar que tuvo lugar en la primavera de 1905 (cfr. IBARRA, 2004, p. 41; ÁNCHEL, 2002, p. 632) o en otoño del mismo año, y que la salida se realizó desde Fonz y no desde Barbastro (cfr. ÁNCHEL, 2005, pp. 503-504).

2. El nuevo impulso a la devoción a la Virgen de Torreciudad

El 3 de abril de 1956, en una carta que san Josemaría escribió al deán de Barbastro, don Francisco Izquierdo Trol, le pidió: “Agradeceré que me diga si existe, dentro de esa diócesis, un santuario o ermita de Nuestra Señora de Torreciudad o Torre Ciudad. En caso afirmativo, no deje de enviarme cuantos datos pueda”. Poco después, el alcalde de Barbastro, José María Nerín, le envió el librito de Benito Torrellas titulado *La Santísima Virgen en la provincia de Huesca*. El fundador escribió en la hoja correspondiente a la Virgen de Torreciudad: “A esta ermita me llevó mi madre, después de mi curación, cuando yo tenía un par de años; porque –repetía siempre– desahuciado por los médicos, me curó la Santísima Virgen”.

El 20 de octubre de 1956 el sacerdote José María Hernández Garnica viajó de Madrid a Zaragoza para conocer dónde estaba situado el santuario. Al día siguiente salió en dirección a la ermita junto con Juan Domingo Celaya, José Orlandis y José Manuel Casas Torres (cfr. ORLANDIS, 2003, pp. 56-60). Un mes más tarde, en un nuevo viaje a Barbastro, José María Hernández Garnica y José Orlandis hablaron con el obispo Jaime Flores para una posible cesión de la ermita. El acuerdo llegó unos años más tarde, el 24 de septiembre de 1962, con una cesión enfiteútica, para incrementar el culto a la imagen y para conservar el templo y la imagen (cfr. AVP, III, p. 670).

San Josemaría, movido por su deseo de dar gracias a Santa María por todos los bienes que le había concedido, pensó que se podría construir un nuevo santuario junto a la vieja ermita con algún centro anejo de formación social. Así, se honraría a la Virgen, en la advocación de Torreciudad, con la seguridad de que el nuevo santuario –así lo escribió después– “ha de ser un medio maravilloso para que nuestra Señora acerque muchas almas al amor de su Hijo” (GARRIDO, 1995, p. 77). En 1963 se encargó el primer proyecto al arquitecto Heliodoro Dols. El 29 de noviembre de 1964 se constituyó el Patronato de Torreciudad con personas pertenecientes a los territorios de la antigua Corona de Aragón. Ese mismo año se realizó una primera restauración de la imagen de la Virgen, que regresó a su ermita el 3 de mayo de 1964, acompañada por numerosos fieles y por el obispo Flores.

En junio de 1967, Heliodoro Dols viajó a Roma para enseñar los planos realizados a san Josemaría, quien le sugirió que ampliase toda la construcción. También anotó Heliodoro las indicaciones que le hizo sobre el retablo del altar mayor: “el retablo será una lección de catecismo; será una obra de la escultura de hoy, de buena factura y bien acabada, con la particularidad de que deberá mover a devoción, tanto a

personas de gran cultura artística como a las que no posean conocimientos técnicos, y también a los niños” (GONZÁLEZ-SIMANCAS, 2003, p. 165).

El 17 de junio, san Josemaría escribió a don Florencio Sánchez Bella, Consiliario del Opus Dei en España, y le expuso lo que pretendía de Torreciudad: “Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a Su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios, para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y –renovadas las almas– confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo”. En esa misma carta indicó: “me gusta beber con devoción de hijo de Santa María el agua, que mana abundante en Lourdes, en Einsiedeln, en Fátima. Pero en Torreciudad, donde quiera que pongamos agua para saciar la sed de los fieles, irá un cartel que diga clara y terminantemente: «agua natural potable»”. Dos años más tarde, en una entrevista concedida en Roma a José María Ferrer, el 3 de mayo de 1969, para el semanario *El Cruzado Aragonés*, de Barbastro, dijo: “Éstos son los milagros que yo deseo: la conversión y la paz para muchas almas”.

3. La romería de abril de 1970

En el año 1967 se había comenzado a restaurar la antigua ermita, así como a mejorar los caminos de acceso, reforestar la zona y preparar la explanada. Desde abril de 1969 se editaba una *Hoja Informativa* en la Oficina de información de Torreciudad, con sede en Barcelona. En el año 1971 se puso una sede de la Oficina en la ciudad de Barbastro, en la avenida del Ejército Español, y entró en funcionamiento el edificio de Dirección en la misma Torreciudad.

En abril de 1970 el fundador inició un viaje penitente por España y Portugal. Al

llegar a Madrid, el día 6 de abril, pudo ver la imagen de la Virgen de Torreciudad que habían restaurado de nuevo en un taller madrileño. Al día siguiente se dirigió a Torreciudad; no había vuelto desde su curación, cuando tenía dos años. Realizó una romería penitente, descalzo, desde el cruceiro hasta la ermita. En el libro de firmas escribió: “Madre mía y Señora mía de Torreciudad, Reina de los Ángeles, “monstra te esse Matrem” y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970”.

El boletín *Torreciudad. Santuario y Centro Social Educativo* (V-1972) describió esta romería con las siguientes palabras: “Pasó Monseñor sin detenerse, por Barbastro, y antes de llegar a Torreciudad descendió del coche e hizo casi una hora de camino, descalzo, hasta la ermita, rezando las tres partes del rosario, las letanías y otras oraciones. En la ermita se cantó la salve y encendió unas velas a la Virgen ante la imagen pequeña, la que llevaban los santeros por los pueblos, pues la talla original se está restaurando en Madrid”.

4. Dones del fundador al santuario

Aunque son numerosos los dones que el fundador realizó al santuario, mencionaremos sólo cuatro de ellos. El primero, el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que mandó pintar en Sevilla, el 5 de mayo de 1967, al artista Federico Laorga. El segundo, el Cristo crucificado de bronce dorado al fuego de la capilla del Santísimo, obra del escultor italiano Pasquale Sciancalepore. Se hicieron dos ejemplares iguales, uno para el Colegio Romano de la Santa Cruz (Roma) y otro para Torreciudad. El tercero, una de las campanas del templo madrileño de Nuestra Señora de los Ángeles que sonaron en el momento de la fundación de la Obra el 2 de octubre de 1928. En octubre de 1972 se la regalaron al fundador, y éste dispuso que se colocara en el altar de la explanada de Torreciudad para que su repique de júbilo acompañe al Señor siempre que en ese lugar se celebre

el Santo Sacrificio de la Misa. Por último, al consagrar el altar mayor en mayo de 1975, se colocó en dicho altar una reliquia de san Sinfero. Éste y otros restos auténticos de mártires se obtuvieron en el año 1946 del obispo de Forli, Italia (cfr. AVP, III, p. 55).

5. Torreciudad en su correspondencia y en sus tertulias

Es numerosa la correspondencia que san Josemaría mantuvo con los barbastrenses con motivo del santuario de Torreciudad. Manuel Garrido la ha agrupado en cinco temas: reconstrucción de la ermita, lugar de oración y limosna, labor apostólica, generosidad en el culto y promoción social (cfr. GARRIDO, 2004, pp. 178-185). Respecto a los destinatarios, entre los eclesiásticos figuran el deán Francisco Izquierdo Trol, el vicario general Santos Lalueza y el director de *El Cruzado Aragonés*, Benjamín Plaza. Entre las autoridades civiles, el alcalde de Barbastro, Manuel Gómez Padrós y el concejal José María Pueyo; algunos amigos de la infancia, como Martín Sambeat, Modesto Pascau y Adriana Corrales; y su primo, Pascual Albás.

En su viaje a México en 1970 san Josemaría hizo referencia al Cristo Crucificado representado aún vivo, sin lanzada, que había encargado hacer para colocarlo en Torreciudad (en la capilla del Santísimo, como ya hemos señalado). Durante el viaje que realizó a España y Portugal en 1972 se refirió a Torreciudad varias veces. Lo hizo en Islabe, Bilbao (12-X): “allí haremos con la ayuda de todos, un santuario a la Santísima Virgen con una colección de obras educativas y formativas, todas de carácter espiritual”; en Tajamar, Madrid (22-X); en Guadaira, Sevilla (8-XI) y en Brafa, Barcelona (26-XI): “Yo no le pido a la Virgen de Torreciudad más que gracias espirituales: por eso, ¡cuarenta confesonarios! No vi más que un agujero. Llovía. Yo levanté las manos al cielo, las junté y... bendije aquellos cuarenta confesonarios que no estaban, pero ahora están ya próximos”.

6. La romería de mayo de 1975

En agosto de 1971 se inauguró en Barbastro una calle dedicada a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Años más tarde el Ayuntamiento de Barbastro le concedió la Medalla de Oro de la ciudad, en sesión de 17 de septiembre de 1974. No pudo rehusarla, pero aplazó el viaje hasta el mes de mayo del año siguiente; de esta forma podría acercarse a ver el santuario de Torreciudad, que estaría casi acabado. El día 23 de mayo de 1975, nada más llegar, rezó el *Regina Coeli* y se dirigió a la ermita. Por la tarde visitó el nuevo santuario. Contemplando el retablo dijo: “Lo habéis hecho muy bien. Habéis puesto tanto amor aquí..., pero hay que terminar, hay que llegar al final. Sin prisa, cuidado de la colocación de la imagen de la Virgen”.

El sábado 24 consagró el altar mayor, acompañado entre otros por el rector del santuario, José Luis Saura. El arquitecto de Torreciudad, Heliodoro Dols, le ayudó a poner el cemento para cerrar la tapa del *sepulcro* del altar. Cuando terminó la ceremonia, dijo entre otras cosas: “Nosotros también somos altares dedicados a Dios. El Señor tiene que venir a aposentarse –lo ha dicho Jesús, no yo: *regnum meum intra vos est*, mi reino está dentro de vosotros–, a habitar dentro de nuestra alma: en nuestro trabajo, en nuestros afectos, en nuestras alegrías, en nuestras penas, que no son tan grandes, son pequeñas”. Fue el primer acto litúrgico que se celebró en el santuario. Por la tarde, san Josemaría hizo una romería desde el crucero a la ermita.

El domingo 25 por la mañana se celebró en el Ayuntamiento de Barbastro el acto de entrega de la Medalla de Oro de la ciudad. Por la tarde, san Josemaría rezó el Rosario delante de los misterios gozosos y dolorosos, y en la capilla de la Virgen de Guadalupe. Al finalizar, se confesó en la capilla de la Virgen del Pilar con don Álvaro del Portillo. Como recordaba César Ortiz Echagüe, la víspera había preguntado si había ya

acondicionado algún confesonario, pues le tocaba confesarse (cfr. AVP, III, p. 763).

Al día siguiente, después de rezar el Rosario, emprendió su regreso a Roma. Un mes más tarde, el 26 de junio, falleció santamente cuando entraba en su habitación. El santuario de Torreciudad tenía prevista su inauguración para el día 7 de julio. El primer acto de culto del santuario fue, pues, una misa funeral por san Josemaría.

Después de su beatificación el 17 de mayo de 1992, se encargó al escultor del retablo, Joan Mayné, que realizara una imagen de san Josemaría arrodillado, en actitud orante, mirando hacia el retablo. Fue bendecida por el actual Prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, el 5 de julio de 1995.

Voces relacionadas: Albás Blanc, Dolores; Barbastro; Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a.

Bibliografía: Constantino ÁNCHEL, “La iniciación cristiana de Josemaría Escrivá”, *AHlg*, 2 (2002), pp. 625-651; *Id.*, “La primera romería de san Josemaría a la Virgen de Torreciudad”, *ScrdeM*, 2 (2005), pp. 497-507; Manuel GARRIDO, *Barbastro y el Beato Josemaría Escrivá*, Barbastro, Ayuntamiento de Barbastro, 1995; *Id.*, “Correspondencia de San Josemaría Escrivá con aragoneses”, en Martín IBARRA (ed.), *Semblanzas aragonesas de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Torreciudad, Patronato de Torreciudad, 2004, pp. 161-198; Manuel GONZÁLEZ-SIMANCAS, “Un retablo de alabastro en pleno siglo XX”, en Manuel GARRIDO (ed.), *Torreciudad*, Madrid, Rialp, 2003³, pp. 163-190; Martín IBARRA - Manuel GARRIDO, *San Josemaría Escrivá y el Santuario de Torreciudad*, Torreciudad, Patronato de Torreciudad, 2003; Martín IBARRA, “La infancia de San Josemaría Escrivá”, en *Id.*, *Semblanzas aragonesas de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Torreciudad, Patronato de Torreciudad, 2004, pp. 15-95; *Id.*, “La Virgen de Torreciudad, abogada del corazón y del mal de alferecía”, *ScrdeM*, 3 (2006), pp. 427-441; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; José ORLANDIS ROVIRA, “El Fundador del Opus Dei y Nuestra Señora de Torreciudad”, en Manuel GA-

RRIDO (ed.), *Torreciudad*, Madrid, Rialp, 1998, pp. 55-67; José Antonio VIDAL-QUADRAS, *La Virgen de Torreciudad*, Madrid, Mundo Cristiano, 1971.

Martín IBARRA BENLLOCH

TRABAJO, SANTIFICACIÓN DEL

1. Trabajo y trabajo profesional. 2. Dimensiones del trabajo. 3. Santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo. 4. Santificar el trabajo. 5. Santificación del trabajo y transformación del mundo.

“Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo”. Estas palabras, muchas veces repetidas por san Josemaría (cfr. por ejemplo, ECP, 45 ss.), han sido, también muchas veces, ampliamente glosadas y comentadas. No es extraño, porque el ideal de la santificación del trabajo está íntimamente relacionado con la promoción de la llamada a la santidad y al apostolado en medio del mundo, a la que san Josemaría se supo destinado desde el 2 de octubre de 1928.

La vida ordinaria en medio del mundo implica una amplia gama de realidades: vínculos familiares, relaciones de amistad, actividades culturales y deportivas, situaciones de dolor y de enfermedad... San Josemaría no lo ignoraba: de hecho se ocupó de todas ellas. Y, con frase estrictamente paralela a la más arriba citada, afirmó con frecuencia que el cristiano debe “santificar la vida ordinaria, santificarse en la vida ordinaria y santificar a los demás con la vida ordinaria”. ¿Cuál fue la razón que llevó a san Josemaría a destacar, entre las diversas realidades que integran la vida ordinaria, precisamente el trabajo? Contestaremos a esta pregunta comenzando por exponer su modo de entender el trabajo.

1. Trabajo y trabajo profesional

El trabajo ha sido descrito por numerosos autores como obra de la inteligencia y de las manos, como tarea de una

inteligencia que es capaz de proyectar acciones que transformen la naturaleza, e, inseparablemente, de unas manos que estén en condiciones de poner en práctica lo proyectado. En otras ocasiones, se define como actividad que implica esfuerzo, lo que permite incluir dentro del ámbito del trabajo no sólo las tareas manuales, sino también las intelectuales; concretamente, el estudio.

Sin excluir los rasgos subrayados por esas definiciones, el fundador del Opus Dei tiene muy presente otro aspecto: el social. En su predicación, el trabajo es siempre visto como tarea que se realiza en sociedad y que presupone lo que solemos designar como división del trabajo. Es decir, el hecho de que los seres humanos se especialicen en unas o en otras tareas, lo que permite que, al alcanzar cada uno en la labor que le corresponde niveles superiores de perfección y de eficacia, se potencie la aportación al bien común y al desarrollo.

La mirada de san Josemaría se dirige, en suma, al trabajo no como mera obra de las manos, sino como ocupación, oficio o tarea a la que la persona se dedica de manera estable, de modo que esa ocupación la cualifica ante la sociedad. De ahí que, en su obra, aparezcan con gran frecuencia la palabra “profesión” y la expresión “trabajo profesional”, y que, en los casos en que usa sencillamente el término “trabajo”, esté siempre connotando todo el trasfondo social y vital –deberes de estado, obligaciones, relaciones sociales, etc.– que la profesión supone y trae consigo.

Es esa la razón por la que establece una conexión profunda entre trabajo y vida ordinaria, y por la que pasa fácilmente de una expresión a la otra. El trabajo profesional, con todo lo que le acompaña, connota la vida ordinaria. Y la vida ordinaria tiene en el trabajo –en la dedicación competente y continuada a una tarea social y públicamente reconocida– uno de sus elementos definitorios, e incluso el más claro y universalmente definitorio.

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.